

Y, por fuerza, este dar cara al mundo con cristiana gallardía, partiendo de nosotros mismos, ha de situarnos en la temerosa y total amplitud de un problema—la misma vida—hecho de múltiples y subalternas cuestiones, en alguna de las cuales antes, acaso, detuvimos el pensamiento con rigidez y monotonía unilaterales, por falta de visión y perspectiva de conjunto.

Si faltan horizontes es imposible percibir la belleza y amplitud de un panorama. Y, desde ángulos bajos de visión, es fuerza que no se encuentre la suficiente anchura de horizontes. No adquiere la vida humana su hermosura y su poesía, su plenitud y substancia íntegras, sino cuando se la estudia desde su propio punto geométrico—perdónese el símil—, desde puntos de vista conjugados en la feliz armonía de todas sus dimensiones.

Alma y cuerpo es el hombre. En el espíritu y en la materia está, pues, instalada el área total de su vida. Pero sin pugnas ni colisiones; sin preterición ni olvidos, que llevarían a enfoque de tipo exclusivista y unilateral. La exacta primacía de «valores» exige, en sana lógica, orden y jerarquización de ocupaciones. Y allí, donde sube el pensamiento, debe brotar suave y plácidamente la acción.

Son más amplios la vida y el mundo de lo que, a primera vista, pudiera parecer ¡Y cuántos rincones de la misma vida yacen ocultos a la propia contemplación, por falta de un foco de luz uniforme que los pueda esclarecer!...

Es, juzgamos, un esbozo de razonamiento de aquella frase inmutable que salió de los labios de Jesús: «Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César». La antinomia de los dos tipos de intereses se disipa, como por ensalmo, cuando sinceramente se quiere vivir en la luz del Evangelio.

También pensaba en ello, sin duda, con el mismo rango y jerarquía, nuestro inmortal Calderón, cuando hacía decir al «Alcalde de Zalamea»: «Al Rey la hacienda y la vida—se ha de dar, pero el honor—es patrimonio del alma—y el alma sólo es de Dios».

Quizás no se ha pensado todavía suficientemente en el contenido y belleza soberanos que ganaría la vida del hombre, de estar exactamente «radicada y fundada» en el concepto claro y sencillo de Dios.